

Kathryn Schulz

En defensa del error

Un ensayo sobre el arte de equivocarse



El Ojo del Tiempo Siruela

Índice

Cubierta

Portadilla

En defensa del error

Parte I. La idea del error

1. La errorología

2. Dos modelos de error

Parte II. Los orígenes del error

3. Nuestros sentidos

4. Nuestra mente, parte I: Saber, no saber e inventar

5. Nuestra mente, parte II: La creencia

6. Nuestra mente, parte III: Las pruebas

7. Nuestra sociedad

8. El atractivo de la certeza

Parte III. La experiencia del error

9. Equivocarse

10. ¿Equivocado hasta qué punto?

11. Negación y aceptación

12. Corazones destrozados

13. La transformación

Parte IV. La admisión del error

14. La paradoja del error

15. La Metainducción Optimista

Agradecimientos

Notas

Créditos

En defensa del error

A mi familia, dada y elegida.

*Y a Michael y Amanda,
a costa de los cuales
escribí sobre algo de lo que sabía.*

«Puede que, bien mirado, la historia de los errores de la humanidad sea más valiosa e interesante que la de sus descubrimientos. La verdad es uniforme y estrecha; existe permanentemente y no parece que requiera tanto una energía activa como una aptitud pasiva del alma para encontrarla. Pero el error se halla infinitamente diversificado; no tiene realidad, sino que es la simple y pura creación de la mente que lo inventa. En este terreno, el alma tiene espacio suficiente para expandirse, para exhibir todas sus ilimitadas facultades y todas sus bellas e interesantes extravagancias y absurdos».

Benjamin Franklin, *Informe del doctor Benjamin Franklin y otros comisionados encargados por el rey de Francia de examinar el magnetismo animal que se practica ahora en París* (1784)

Hombre: Dijiste tarta de fruta.

Mujer: No dije tarta de fruta, dije tarta de trufa.

Hombre: Dijiste tarta de fruta.

Mujer: No me vas a contar lo que yo dije.

Hombre: Dijiste tarta de fruta.

Mujer: Dije tarta de trufa.

Hombre: La verdad es que vi la tarta de trufa pero no la cogí porque dijiste tarta de fruta.

Mujer: Dije tarta de trufa.

Hombre: Bueno, yo oí tarta de fruta.

Mujer: Entonces está claro que no estabas escuchando. «Tarta de fruta» ni siquiera suena parecido a «tarta de trufa». Hombre: Bueno, puede que sin querer dijeras tarta de fruta.

Mujer: Dije tarta de trufa.

Oído en la Grand Central Station el 13 de noviembre de 2008

PARTE I

LA IDEA DEL ERROR

1

La errorología

«Me enfurece equivocarme cuando sé que tengo razón».

Molière

¿Por qué nos gusta tener razón? Como placer, al fin y al cabo, es de segundo orden como mucho. A diferencia de muchos otros deleites —comer chocolate, surfear, besar— no goza de acceso directo alguno a nuestra bioquímica: a nuestros apetitos, a nuestras glándulas suprarrenales, a nuestro sistema límbico, a nuestro sensible corazón. Y sin embargo el regustillo de tener razón es innegable, universal y (tal vez lo más curioso de todo) casi enteramente indiscriminado. No podemos disfrutar besando a cualquiera, pero podemos estar encantados de tener razón acerca de casi cualquier cosa. No parece que cuente mucho lo que esté en juego; es más importante apostar sobre qué política exterior se va a seguir que sobre qué caballo va a ganar la carrera, pero somos perfectamente capaces de regodearnos con ambas cosas. Tampoco cuenta de qué va el asunto; nos puede complacer igual identificar correctamente una curruca de corona anaranjada o la orientación sexual de un compañero de trabajo. Y lo que es todavía más extraño, puede gustarnos tener razón incluso acerca de cosas desagradables: por ejemplo, la bajada de la Bolsa, el final de la relación de pareja de un amigo o el hecho de que, por la insistencia de nuestro cónyuge, nos hayamos pasado quince minutos arrastrando la maleta justo en sentido contrario al hotel.

Como la mayoría de las experiencias placenteras, no es posible acertar siempre. A veces somos nosotros los que perdemos la apuesta (o el hotel). Y a veces, también, nos acosa la duda sobre la respuesta o la actuación correctas, una preocupación que a su vez refleja lo apremiante que es el deseo de tener razón. No obstante, en conjunto, nuestra indiscriminada satisfacción por tener razón viene a ser igualada por la sensación, casi tan indiscriminada como ella, de que *tenemos* razón. Ocasionalmente, esta sensación pasa a primer plano, como cuando discutimos o evangelizamos, cuando hacemos predicciones o apuestas. Sin embargo, la mayoría de las veces no es más que un telón de fondo psicológico. Muchísimos va-

mos por la vida dando por supuesto que en lo esencial tenemos razón, siempre y acerca de todo: de nuestras convicciones políticas e intelectuales, de nuestras creencias religiosas y morales, de nuestra valoración de los demás, de nuestros recuerdos, de nuestra manera de entender lo que pasa. Si nos paramos a pensarlo, cualquiera diría que nuestra situación habitual es la de dar por sentado de manera inconsciente que estamos muy cerca de la omnisciencia.

Para ser justos, esta serena fe en que tenemos razón está a menudo justificada. La mayoría nos manejamos bastante bien en el día a día, lo cual indica que de forma rutinaria tenemos razón sobre muchas cosas. Y a veces no solo de forma normal sino espectacular: sobre la existencia de los átomos (postulada por pensadores de la Antigüedad miles de años antes de la aparición de la química moderna); sobre las propiedades curativas de la aspirina (reconocidas desde el año 3000 a. C. por lo menos); en haberle seguido la pista a aquella mujer que te sonrió en el café (ahora tu esposa desde hace veinte años). En su conjunto, estos momentos de acierto representan los puntos más altos del empeño humano y al mismo tiempo son fuente de innumerables pequeñas alegrías. Confirman nuestra sensación de que somos listos, competentes y fiables y estamos en armonía con nuestro entorno. Lo que es más importante, nos mantienen vivos. Individual y colectivamente, nuestra existencia misma depende de la capacidad que tengamos de llegar a conclusiones correctas acerca del mundo que nos rodea. En pocas palabras, la experiencia de tener razón es imperativa para nuestra supervivencia, gratificante para nuestro ego y, por encima de todo, una de las satisfacciones más baratas e intensas de la vida.

Este libro trata de lo contrario de todo esto. Trata del hecho de equivocarse: de cómo, en tanto que cultura, pensamos en el error, y de cómo, en tanto que individuos, nos las arreglamos cuando nuestras convicciones se vienen abajo. Si nos encanta tener razón y lo consideramos nuestro estado natural, se puede imaginar cómo nos tomamos el equivocarnos. Por una parte, solemos verlo como algo raro y estrambótico, una inexplicable aberración en el orden natural de las cosas. Por otra, nos hace sentirnos idiotas y avergonzados. Como el examen que nos devuelven lleno de anotaciones en rojo, equivocarnos nos hace encogernos y hundirnos en el asiento, hace que se nos caiga el alma a los pies y perdamos los estribos. En el mejor de los casos lo consideramos como un fastidio, en el peor como una pesadilla, pero en uno y en otro —y a diferencia de ese pequeño arranque de júbilo de cuando se acierta— nuestros errores se nos antojan deprimentes y embarazosos.

Y eso para empezar. En nuestra imaginación colectiva, el error se asocia no solo con la vergüenza y la estupidez, sino también con la ignorancia, la indolencia, la psicopatología y la degeneración moral. Resumió muy bien esta serie de asociaciones el científico cognitivo italiano Massimo Piattelli-Palmarini, quien observó que erramos (entre otras cosas) por «desatención, distracción, falta de interés, deficiente preparación, genuina estupidez, timidez, fanfarronería, desequilibrio emocional [...], prejuicios ideológicos, raciales, sociales o chovinistas, así como instintos agresivos o embusteros». En esta visión, notablemente desesperanzada —y es la habitual—, nuestros errores son prueba de nuestros defectos sociales, intelectuales y morales más graves.

De todas las cosas en las que nos equivocamos, puede que sea esta idea del error la que encabece la lista. Es nuestro meta-error: nos equivocamos acerca de lo que significa equivocarse. Lejos de ser un signo de fallo moral, es inseparable de algunas de nuestras cualidades más humanas y honorables: la empatía, el optimismo, la imaginación, la convicción y la valentía. Y lejos de ser señal de indiferencia o intolerancia, es una parte vital del modo en que aprendemos y cambiamos. Gracias al error podemos revisar nuestra manera de entendernos a nosotros mismos y enmendar nuestras ideas sobre el mundo.

Dada esta relevancia para nuestro desarrollo intelectual y emocional, el error no debiera ser un bochorno ni puede ser una aberración. Al contrario. Como observa Benjamin Franklin en la cita que inicia este libro, el error es una ventana abierta a la naturaleza humana normal, a nuestras imaginativas mentes, a nuestras ilimitadas facultades, a nuestras extravagantes almas. Este libro está anclado en la solidez de esa observación: que por muy desorientadoras, difíciles o humillantes que puedan ser nuestras equivocaciones, es en última instancia el error, no el acertar, lo que nos puede enseñar quiénes somos.

Esta idea no es nueva. Paradójicamente, vivimos en una cultura que desprecia el error y al mismo tiempo insiste en que es fundamental en nuestras vidas. Reconocemos esa relevancia ya en la manera en que hablamos de nosotros mismos; por eso cuando cometemos errores nos encogemos de hombros y decimos que somos humanos. Igual que en las expresiones proverbiales «lento como una tortuga» o «astuto como una serpiente», nuestra especie es sinónima de meter la pata. Esta propensión innata a errar es reconocida en casi todas las descripciones religiosas, filosóficas y científi-

cas de la personalidad. Tampoco son los errores, en estas descripciones, simplemente rasgos superficiales o rarezas pasajeras, como el hipo, las uñas o el *déjà vu*. Mil doscientos años antes de que René Descartes escribiera su famoso «pienso, luego existo», el filósofo y teólogo (y finalmente santo) Agustín escribió «*fallor ergo sum*»: yerro, luego existo. En esta formulación, la capacidad de entender mal las cosas no solamente forma parte del hecho de estar vivo, sino que en cierto modo es prueba de ello. Para Agustín, como para Franklin, equivocarnos no es solo lo que hacemos. En cierto sentido profundo, es lo que somos.

Y sin embargo, si la falibilidad va incorporada a nuestro mismo nombre y naturaleza es en buena medida igual que el muñeco que va incorporado a la caja de sorpresas: en teoría, totalmente previsible; en la práctica, siempre un sobresalto. En este sentido, la falibilidad es como la mortalidad, otro rasgo implícito en la palabra «humano». Igual que la muerte, reconocemos el error como algo que le sucede a todo el mundo, sin sentir que sea admisible ni deseable que nos suceda a nosotros. En consecuencia, cuando a pesar de todo se produce una equivocación, solemos reaccionar como si no se hubiera producido o como si no debiera producirse: la negamos, nos ponemos en actitud defensiva, hacemos caso omiso de ella, la minimizamos o echamos la culpa a otro.

Nuestra renuencia a admitir que estamos equivocados no es únicamente un fallo individual. Con la excepción de las iniciativas de prevención de errores que se emplean en ámbitos de alto riesgo como la aviación y la medicina, nuestra cultura ha desarrollado un número llamativamente pequeño de herramientas para abordar nuestra propensión a errar. Si uno comete una transgresión moral, puede al menos recurrir a unas cuantas opciones establecidas que le ayuden a hacerle frente. Casi todas las tradiciones religiosas incluyen un ritual de penitencia y purificación, en la línea de la confesión en el catolicismo y el Yom Kippur en el judaísmo. Hay programas en doce pasos que aconsejan a sus participantes que admitan «ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestros yerros». Hasta el sistema de justicia penal, aunque en estos tiempos está lejos de ser reformista, se apoya en parte en una tradición de arrepentimiento y transformación. Por el contrario, si uno comete un error —ya sea de poca monta, como darse cuenta, en mitad de una argumentación, de que está equivocado, o de gran importancia, como darse cuenta, en mitad de su vida, de que estaba equivocado por lo que atañe a su fe, a sus ideas políti-

cas, a sí mismo, a la persona amada o al trabajo de su vida—, no encontrará recursos claros y a mano que le ayuden a hacerle frente.

¿Y cómo iba a hacerlo? En tanto que cultura, ni siquiera hemos llegado a dominar la habilidad básica de decir «estaba equivocado». Esto es una deficiencia sorprendente dado lo sencilla que es la frase, lo ubicuo que es el error y el enorme servicio público que puede prestar el reconocerlo. Por el contrario, lo que hemos llegado a dominar son dos alternativas a la admisión de nuestros errores, las cuales sirven para destacar precisamente lo mal que se nos da hacerlo. La primera implica un pequeño pero estratégico apéndice: «estaba equivocado, pero...», un hueco que luego rellenamos con explicaciones enormemente imaginativas de por qué no estábamos tan equivocados al fin y al cabo (más sobre esto en la Parte III). La segunda (utilizada de manera tristemente célebre, entre otros, por Richard Nixon en relación con el Watergate y por Ronald Reagan en relación con el asunto Irán-Contra) es aún más reveladora: decimos «se cometieron errores». Como tan concisamente demuestra esta perenne locución, lo único que en realidad sabemos hacer con nuestros errores es *no* reconocerlos como propios¹.

Por el contrario, se nos da de maravilla reconocer los errores de los demás. La verdad es que, si tener razón es dulce, señalar que otro está equivocado es —no lo neguemos— lo más salado que hay. Como cualquier científico experto en alimentos puede decirnos, esta combinación de salado y dulce es el más adictivo de los sabores: nunca nos hartamos de revelar los errores de los demás. Lo prueba, por ejemplo, lo que les cuesta hasta a las personas bien educadas ahogar el impulso de decir «te lo dije». Lo brillante que es esta expresión (o lo odiosa, dependiendo de si uno consigue pronunciarla o tiene que oírla) se deriva de la manera, admirablemente rotunda, en que pone de manifiesto que no solo yo tenía razón sino que además tenía razón en tener razón. En el instante de decirlo tengo razón al cuadrado, quizá incluso razón factorial, razón logarítmica, en cualquier caso tengo real y extremadamente razón y me deleito real y extremadamente en ello. Es posible abstenerse de este tipo de regodeo (y optar por hacerlo así tal vez sea un síntoma de madurez) pero el sentimiento mismo de ese triunfante «¡jajá!» raras veces puede ser desterrado por completo.

Desde luego, hacer alarde de lo brillantes que somos y regocijarnos por los errores de los demás no es muy amable que digamos. En realidad, incluso *desear* hacer alarde de lo brillantes que somos y regocijarnos por los errores de los demás no es muy amable que digamos, aunque sin duda es muy humano. Es aquí donde nuestra

relación con el error empieza a mostrar lo que está en juego. De todos los conflictos del mundo —conflictos tan variados como quepa imaginar, desde el de la tarta de trufa hasta el de Oriente Medio— cada vez son más los que surgen del choque de convicciones de tener razón que son mutuamente incompatibles y totalmente inquebrantables. Claro está, encontramos muchos otros motivos para pelearnos, desde graves y dolorosas quiebras de confianza, pasando por la escasez de recursos, hasta el hecho de que aún no nos hayamos tomado el café. Con todo, hay un impresionante número de disputas que vienen a ser un tira y afloja sobre quién está en posesión de la verdad; nos peleamos por el derecho a tener razón. Del mismo modo, es sorprendentemente difícil enfadarse a menos que uno o bien tenga el convencimiento de estar en lo cierto, o bien se sienta humillado y se ponga a la defensiva por equivocarse.

Nuestra actitud por defecto hacia el error —nuestra aversión al error y nuestra ansia de tener razón—, pues, suele ser dura con las relaciones. Esto se aplica por igual a las relaciones entre naciones, comunidades, compañeros, amigos y (cosa que no escapará a la mayoría de los lectores) parientes. Incluso dice un antiguo adagio de los terapeutas que uno puede tener razón o mantener una relación: puedes permanecer apegado al Equipo Tú ganando todos los enfrentamientos, o puedes permanecer apegado a tus amigos y familiares, pero ay de ti si intentas hacer las dos cosas a la vez.

Si insistir en que tenemos razón suele poner en peligro nuestras relaciones, da también una floja imagen de nuestra comprensión de la probabilidad. Ya he sugerido que el error no es infrecuente, sin embargo a menudo parece llamativamente escaso en nuestra propia vida, lo bastante como para que dediquemos un momento a establecer con exactitud hasta qué punto no es infrecuente en realidad. A modo de ejemplo consideremos la esfera de la ciencia. La historia de este campo está llena de teorías desechadas, algunas de las cuales figuran entre los errores más espectaculares de la humanidad: la Tierra plana, el Universo geocéntrico, la existencia del éter, la constante cosmológica, la fusión fría. La ciencia progresa a base de percibir y corregir estos errores, pero, con el tiempo, las correcciones mismas resultan asimismo erróneas muchas veces. Como consecuencia, algunos filósofos de la ciencia han llegado a una conclusión que se conoce —en expresión rimbombante pero graciosa— como la *Metainducción Pesimista de la Historia de la Ciencia*. El quid es este: puesto que hasta las teorías del pasado aparentemente más a prueba de balas han acabado resultando erróneas, debemos asumir que las teorías de hoy resultarán erróneas también al-

gún día. Y lo que es válido para la ciencia es válido en general: para la política, la economía, la tecnología, el derecho, la religión, la medicina, la crianza de los hijos, la educación. En cualquier ámbito de la vida, las verdades de una generación se convierten en las falsedades de la siguiente con tanta frecuencia que igual podríamos tener una Metainducción Pesimista de la Historia de Todo.

Lo que se puede decir de nuestras actividades humanas colectivas se puede decir también de nuestras vidas individuales. Todos dejamos atrás algunas de nuestras creencias. Todos urdimos teorías solo para encontrarnos con que tenemos que abandonarlas al momento. Nuestros engañosos sentidos, nuestro limitado intelecto, nuestra caprichosa memoria, el velo de las emociones, el tirón de las lealtades, la complejidad del mundo que nos rodea, todo conspira para hacernos entender mal las cosas una y otra vez. Tal vez no te hayas parado nunca a pensar en lo que denomino errorología; tal vez seas lo más alejado de un errorólogo que hay en el mundo pero, te guste o no, eres ya un fabricante de errores. Todos lo somos.

Un libro sobre lo que es equivocarse no puede llegar muy lejos sin primero abrirse camino por entre una maraña de definiciones: *¿Equivocado? ¿Acerca de qué? ¿Quién lo dice?* Podemos equivocarnos sobre la integridad de nuestro gestor financiero, la identidad del sospechoso de un asesinato o el nombre del torpedero que tenían los Mets en 1962; sobre la estructura de una molécula de hidrógeno o la fecha de la Segunda Venida; sobre dónde han ido a parar las llaves del coche o las armas de destrucción masiva. Y eso no es más que lo sencillo. Están, además, todas esas cosas en relación con las cuales nunca podemos probar que estamos equivocados, pero solemos creer que la gente que no está de acuerdo con nosotros sí que está equivocada: quién escribió la Biblia, si es ético abortar, cuáles son los beneficios de las anchoas, si fuiste tú o fue tu novia quien dejó el portátil delante de la ventana antes de la tormenta.

Por arbitraria que sea esta lista, suscita algunas cuestiones importantes acerca de cualquier proyecto que se proponga tratar el error como una categoría coherente de la experiencia humana. La primera cuestión atañe a lo que está en juego en nuestros errores. La diferencia entre equivocarse sobre las llaves del coche y sobre las armas de destrucción masiva es la diferencia entre «¡uy!» y una crisis militar mundial: las consecuencias son tan distintas que tal vez fuera razonable preguntarse si los errores que llevaron a ellas pueden tener algo en común. La segunda cuestión es si podemos, en un sen-

tido que merezca consideración, estar equivocados en lo que se refiere a las creencias personales. Los Mets están muy lejos del estatus moral del aborto y algunos lectores sospecharán que la distancia conceptual entre estar equivocado respecto a hechos y estar «equivocado» respecto a convicciones es insalvable. Otros lectores, entretanto, pondrán una objeción diferente: que nunca podemos estar totalmente seguros de la verdad y por tanto no podemos legítimamente describir *nada* como «correcto» o «equivocado».

En suma, tratar de forjar una teoría unificada partiendo de nuestras ideas sobre el error es como pastorear gatos. Tampoco el enfoque opuesto, clasificar el error en categorías, es mucho más fácil. Sin embargo, se han intentado ambas tácticas. La primera es uno de los proyectos favoritos de la filosofía occidental, que ha tratado desde sus comienzos de definir la naturaleza esencial del error. Durante al menos los primeros dos mil años de su existencia, la filosofía se ha entendido a sí misma como la búsqueda del conocimiento y la verdad, una «descripción del puesto» que ha obligado a sus profesionales a obsesionarse casi por igual con el error y la falsedad. (No es posible definir el error —observó Platón en el *Teéteto*— sin definir también el conocimiento; la teoría que se tenga de uno depende enteramente de la que se tenga del otro). Cuando la filosofía se diversificó y formalizó sus áreas de indagación —en ética, metafísica, lógica y así sucesivamente— el estudio del conocimiento pasó a conocerse como epistemología. Los epistemólogos están en desacuerdo acerca de muchos aspectos del error, pero a partir de Platón ha habido entre ellos un consenso aproximado en cuanto a cómo definirlo: estar equivocado es creer que algo es verdad cuando es falso o, a la inversa, creer que es falso cuando es verdad. Esta definición, de admirable sencillez, nos será de utilidad, en parte porque nos ayudará a prestar oído, a escondidas, a las conversaciones filosóficas sobre el error, y en parte porque aprehende lo que habitualmente queremos decir cuando hablamos de error en la vida cotidiana. No obstante, como pronto veremos, esta definición se ve acosada por un problema tan importante que optaré por no depender de ella.

Si la filosofía, tradicionalmente, ha tratado de unificar y definir el error, un campo mucho más nuevo —el empeño multidisciplinar conocido unas veces como investigación del factor humano y otras como estudios de decisiones— se ha propuesto subdividirlo y clasificarlo. La expresión «estudios de decisiones» es en cierto modo un eufemismo; este ámbito se centra primordialmente en las *malas* decisiones, sin las cuales no tendría necesidad de existir. Del mismo

modo, los «factores humanos» en cuestión —estrés, distracción, desorganización, formación insuficiente, falta de información, etcétera— son los que contribuyen a las ineficiencias, riesgos y equivocaciones. Por estos motivos también se alude a este ámbito (aunque con menor frecuencia) como «estudios de errores», y esta es, en aras de la claridad, la denominación que utilizaré aquí.

Los profesionales que se dedican a los estudios de errores son una pandilla de lo más variopinto; hay desde psicólogos y economistas hasta ingenieros y asesores de empresas, y el trabajo que hacen es igualmente diverso. Unos pretenden reducir las pérdidas financieras de las corporaciones eliminando los errores en los procesos de fabricación. Otros tratan de mejorar los procedimientos de seguridad en situaciones —que abarcan desde angioplastias hasta el control del tráfico aéreo— en las que el error humano supone una amenaza para la vida y la salud. Como esto indica, los estudios de errores, a diferencia de la epistemología, constituyen una ciencia aplicada. Aunque sus investigadores consideran las razones psicológicas, además de las estructurales, que hacen que entendamos mal las cosas, su objetivo general es práctico: intentan limitar la probabilidad y el impacto de futuras equivocaciones.

Con esta finalidad, dichos investigadores han llegado a ser unos extraordinarios taxónomos del error. Un breve repaso de su literatura revela una proliferación de categorías de error que marea. Hay deslices, lapsos y confusiones, errores de planificación y de ejecución, errores de comisión y de omisión, errores de diseño y de operador, errores endógenos y exógenos. Podría continuar, pero acabaríamos sumergidos en una oscura jerga y en una explicación precisa y —hay que decirlo— horrorosa (una muestra: «las equivocaciones pueden definirse como deficiencias o fallos en los procesos de juicio y/o inferenciales implicados en la selección de un objetivo o en la especificación de los medios para alcanzarlo, con independencia de si las acciones dirigidas por este esquema de decisión marchan según lo previsto»).

Las equivocaciones *pueden* definirse así, pero no seré yo quien lo haga. No me entiendas mal: estoy agradecida a las personas que hacen estudios de errores, como debemos estarlo todos. En un momento de la historia en que el error humano podría desencadenar fácilmente un desastre a escala planetaria, están tratando de hacernos la vida más fácil y segura. Y, como se cuentan entre los pocos que piensan extensamente y a fondo en el error, los tengo por mis colegas en la errorología. Lo mismo vale para los epistemólogos, cuyo proyecto tiene algo más en común con el mío. Mi interés no